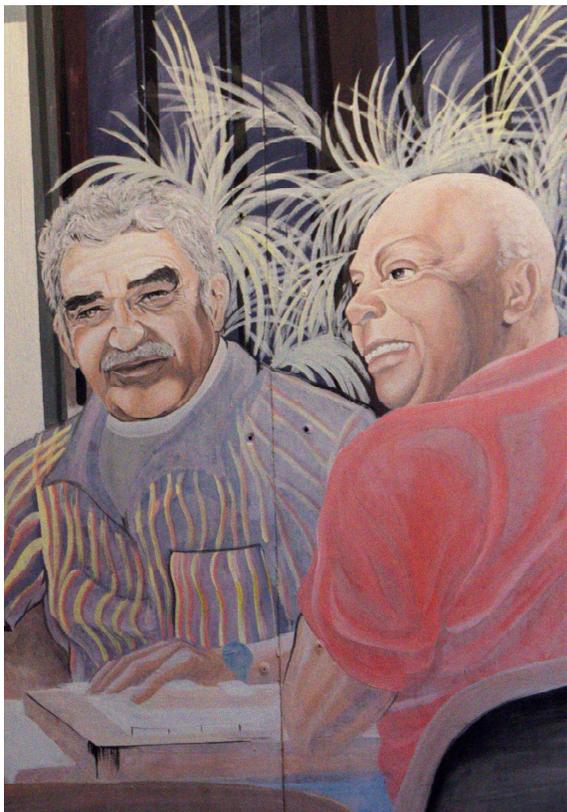


# Arqueologías



Hace doce años tuve la suerte de ver cumplido un sueño que tenía desde niño: visitar Sri Lanka, la lágrima de la India, un lugar donde además tenía la sospecha de que moriría. Durante un mes hice un recorrido para el que me había preparado toda la vida. Visité templos, escalé montañas sagradas, me dejé envolver por el cariño colorido e intenso de los habitantes de la isla. Al final, en lugar de morirme, regresé a este país del sueño donde vivo con la sensación de haber nacido de nuevo.

Entre las muchas cosas que hice en Sri Lanka estuvo, por supuesto, pedirle a un astrólogo que trazara e interpretara mi carta

astral. En la India y Sri Lanka la carta astral es el documento más importante para cualquier individuo. Está basada en saberes milenarios. No hay matrimonio, negocio o decisión importante que se lleve a cabo sin consultar los mapas celestes de los involucrados. Así me hice consciente de un talento mío que llevaba años cultivando sin reconocerlo, sin identificarlo y sin nombrarlo, quizá porque otros aspectos de mi vocación eran más notorios e imperiosos.

Suelo decir que nunca he tenido problemas de vocación, porque desde los doce o trece años tuve claro que quería ser escritor. Ninguna contrariedad, ninguna oposición y ningún ninguneo han conseguido detenerme en ese propósito. Lo que no tenía tan claro es que junto con esa vocación tenía otra que sólo reveló la carta astral: mi inclinación natural a la arqueología.

Con la arqueología de tierra y palustre he tenido muy poco contacto. En los años 90, cuando era periodista de El Universal, pude ver las excavaciones de San Jacinto y de Puerto Badel y tuve noticias de unos seres muy distintos y distantes de nosotros que vivieron hace cinco o seis mil años y a quienes por falta de otra información se les conoce como «los formativos».

Lo que he tardado en comprender es que la arqueología también se puede ejercer en los archivos, en las bibliotecas, en los mercados de las pulgas, en las usualmente solitarias secciones de manuscritos. Cuando estaba terminando mis estudios de Comunicación Social en Medellín, hice arqueología de libros y suplementos literarios para escribir

Un tal Cortázar (1987), la primera biografía del escritor argentino. Años después (en 2006 y 2017), visité su biblioteca personal, que está guardada en la Fundación Juan March de Madrid, y entre las muchas joyas que escondían sus libros de lector activo y elocuente encontré un par de poemas cortos e inéditos que tuve el privilegio de revelar al mundo.

Uno de ellos fue escrito el 18 de octubre de 1951, a bordo del vapor Provence, cuando Cortázar abandonó la Argentina para siempre. Estaba en la última página de *Mimesis*, de Auerbach, un libro sobre el tema de las “figuras” que tanto le interesaban a Cortázar. El texto mismo era una reflexión sobre las figuras:

## Polizón

*La canción la silbaba el marinero de proa  
y del viento pasó a los labios del grumete en el pañol  
repitiéndose, más aguda, hacia el puente donde una pasajera  
la tuvo entre los dedos como un vilano,  
dejándola flotar hacia atrás, titubeante,  
en busca de alguien que supiera alzarla del silencio que acechaba.*

*Fui yo quien vino a salvarla de la charca en que se hundía,  
y la dejé seguir hasta el tripulante de boina azul  
que abrazado a un ventilador jugaba al oso;  
por él nació otra vez, grave y segura,  
y ya nada detuvo su ronda hasta la popa  
donde un marino de dormido rostro la sostuvo un segundo.*

*(Ay, ay,  
ay, ay,  
canta y no llores \_\_)*

*Y la dejó ir, burbuja última mezclándose al pavo real furioso de la estela.*

En España, también en el 2017, tuve la suerte de visitar una exposición en homenaje a Onetti que se exhibía en la Universidad de Alicante. Allí, en uno de los videos que se proyectaban junto con los objetos personales del uruguayo anacoreta (incluida la cama donde vivió sus últimos años), descubrí el último y más condensado de sus relatos:

«Porque la quería toda, señor Juez. Ella con su pasado, ella con su último pensamiento, para siempre oculto, lo que estaba pensando cuando murió». «No pensaba. Usted la mató mientras dormía». «Eso, señor juez. Su último sueño».

El hallazgo lo publiqué en Confabulario, el suplemento del diario mexicano El Universal, con una interpretación suscita: «En *Dejemos hablar al viento*, Onetti cuenta la historia del pintor japonés que pasó toda su vida tratando de plasmar en el lienzo la belleza simple de una ola del mar y sólo pudo conseguirlo al final de una extrema ancianidad. Este breve relato es como esa ola final. En estas treinta y siete palabras se encuentra todo lo que la literatura ha querido expresar. Está el motivo de la mujer muerta, que para Poe era el más literario. Está el tema de la culpa asumida casi con gozo, que fue central en la obra de Onetti, y está la hipocresía general. Está la imposibilidad humana de encontrarse por completo con el otro. Están los infiernos personales en el umbral de lo social. Está el afán demencial de posesión que acompaña los desafueros del amor. Hay allí una teoría de los sueños y un tratado completo de psicología. En ese criminal que sabe más que quien lo juzga están las diferencias que hacen imposible cualquier diálogo. En esta despedida literaria están también los misterios del dormir y

del morir, el instante para el que todo fue un preámbulo. Están la belleza, el delirio, la dicha, el crimen, la inocencia, los tristes forcejeos del entendimiento, la condición indescifrable de todo gesto humano».

Mi vocación de arqueólogo ha recibido también regalos inesperados. En noviembre de 2007, después de un ayuno de tres días, seguí el impulso que me dictaban las tripas de visitar una venta de cosas viejas situada a media hora de mi casa, en el centro rural del estado de Nueva York. Allí encontré unos cuadernos, manuscritos y libros que pertenecieron a una chica que estudió en la Universidad de Chicago alrededor de 1895. Allí había relatos cortos, cartas, traducciones, ensayos, citas que le interesaron. Todo lo que fue suyo lo marcó orgullosa con su nombre: Marilla Waite Freeman. Al encontrar aquello supe de inmediato que una vida perdida y olvidada, una vida maravillosa, me había sido confiada.

Me tomó doce años, con visitas a numerosos archivos de manuscritos, escribir la biografía en inglés de esta mujer que –a pesar del olvido– fue una de las bibliotecarias más importantes e influyentes de los Estados Unidos en el siglo XX. Dos años después, en diciembre de 2021, conseguí terminar *La mujer biblioteca*, una novela en español de 1200 páginas en la que cuento la historia de Marilla y la de nuestro encuentro lleno de situaciones inexplicables. Como regalo para los abnegados lectores, reproduzco uno de los relatos cortos de Marilla:

### **La historia del señor Goobin**

*El señor Goobin tenía unos amigos en Massachusetts (Boston, creo): un médico y su*

esposa, escépticos o, por lo menos, ni creyentes ni inclinados a creer en ninguna forma de lo sobrenatural. La pareja tenía cuartos contiguos y la puerta entre los cuartos solía permanecer abierta, mientras las puertas al pasillo permanecían cerradas. En una ocasión, como a la media noche, la esposa despertó de repente y escuchó que su esposo la llamaba por su nombre desde el otro cuarto, donde al parecer había una luz brillante. Se acercó y vio que la luz se detenía junto a la puerta, dejando el cuarto de ella completamente a oscuras. Cuando la esposa del médico cruzó el umbral, su esposo le preguntó si sabía de dónde venía esa luz, y entre ambos empezaron a buscarle su origen. Las cortinas estaban cerradas. No había luz afuera. No había luz en el pasillo. No había nada en el cuarto que pudiera ser la fuente de ese intenso resplandor. En el momento en que la mujer entró en el cuarto iluminado, la luz empezó a apagarse y en pocos momentos todo volvió a ser oscuridad. El médico le preguntó a su esposa si había visto algo cuando entró en el cuarto. No había visto nada. Él le contó que se había despertado porque escuchó que lo llamaban por su nombre y vio, de pie junto a su cama, la figura de una mujer con el rostro de una de sus pacientes, quien estaba muy enferma. De su rostro y su figura había empezado a brotar esa luz que llenó el cuarto. Fue entonces cuando llamó a su esposa; pero, en el momento en que ella cruzó la puerta, la figura se había desvanecido y la luz se había apagado lentamente. A la mañana siguiente el doctor supo que esa misma paciente había muerto la noche anterior, a la hora en que él escuchó su llamado, y que la mujer había dicho su nombre antes de morir. El señor Goobin confirma la autenticidad de esta historia, tal como se la

contó su amigo, el doctor mismo, de quien dice que no pretende ni entender ni explicar el incidente, y raras veces se lo refiere a alguien. (M. W. F)

Pero, de todas las arqueologías literarias que he llevado a cabo, las que más ruido han generado son las relacionadas con Gabriel García Márquez. Hace ya treinta años, tras la publicación de su novela *Del amor y otros demonios*, emprendí una investigación sobre los años en que el nobel trabajó como reportero y periodista de opinión en El Universal. Aquella vez mis excavaciones se concentraron en las ediciones del periódico entre abril de 1948 y diciembre de 1949, cuando García Márquez se fue a Barranquilla. Adicionalmente, entrevisté a la mayoría de las personas que lo conocieron y compartieron experiencias con él en aquella época. El resultado de esas pesquisas fue *Un ramo de nomeolvides*, un libro que se publicó en diciembre de 1995 y en el que incluí un buen número de textos suyos que hasta ese momento permanecían olvidados.

Uno de los hallazgos más curiosos de aquella excavación fue una nota sin firma publicada el 25 de octubre de 1949 (no el 26, como la fecha que se menciona en *Del amor y otros demonios*), que también habla de un cuerpo desenterrado:

### **Infanticidio en el barrio La Esperanza**

*El barrio de La Esperanza, en Cartagena, es un rincón proletario, de espaldas a una de las ciénagas que rodean la ciudad, atravesado por anchas y soleadas calles donde la lluvia ha dejado sus cicatrices de barro.*

*Sin embargo, a pesar de que aquel es un sector alejado de los trajines comerciales, se ha realizado en él un drama oscuro, inhumano, que denuncia la presencia de una tragedia detrás de ese paisaje tranquilo, perturbado apenas por la gritería de un gamín o por los ladridos de un perro famélico.*

## Calavera

*En el barrio de La Esperanza en el sector situado detrás de la jabonería Iberia, hay un perro escuálido, descolorido, conocido por los vecinos con el remoquete de ‘Calavera’. Hace dos días, ‘Calavera’, en una de sus habituales y casi siempre inútiles búsquedas de desperdicios entre el fango, descubrió algo en la mitad de la calle. Escarbó, olfateó el suelo blando y extrajo un cuerpo extraño más o menos en volumen al suyo propio.*

## El cuerpo

*Instantes después, todo el barrio, habitualmente silencioso, había caído en un estado de alarma general. Llegaron los inspectores de policía, los fotógrafos de la prensa y por primera vez en largos años los callados proletarios del barrio La Esperanza presenciaron un espectáculo que habría de producir sensación y repugnancia. Lo que ‘Calavera’—el perro escuálido— había descubierto entre el barro, en la mitad de la calle, era el cuerpo de una criatura bien desarrollada, viable ya a juzgar por su conformación extraña.*

## Conjeturas

*Las preguntas, los comentarios, se propagaron pródigamente. Qué madre desconsiderada e inhumana había cometido aquel*

*delito? En qué oscuro laboratorio se había perpetrado aquel atentado contra las más elementales normas humanas? Una mujer, allí presente, sintetizó su censura en estas palabras: ‘Infamia... Y tantas mujeres que estamos deseando un hijo’.*

El mismo García Márquez me confirmó su autoría del texto. “Yo le sugerí a Zabala que escribiéramos crónica roja”, me dijo. Pero ahí no termina lo asombroso. Si alguien tiene interés en premoniciones y en señales misteriosas, quizá encuentre interesante que justo al lado de la primera crónica roja de García Márquez un crucigrama preguntaba—para la primera horizontal— por el nombre del «inventor sueco que acumuló una gran fortuna produciendo industrialmente la dinamita».

*Un ramo de nomeolvides se convirtió en referencia obligada para quienes han escrito sobre García Márquez desde entonces, y yo he venido aceptando, con oscilante entusiasmo, la etiqueta de gabólogo. Entre las consecuencias más significativas de ese libro estuvo la posibilidad de venir a los Estados Unidos a adelantar estudios de doctorado en literatura en la Universidad de Rutgers. Después de dejar el mundo del periodismo para entrar en la academia, he seguido haciendo hallazgos y divulgándolos. En 2016, cuando la Universidad de Princeton puso a disposición de los investigadores la correspondencia de Carlos Fuentes, decidí explorar el revelador intercambio epistolar entre Fuentes y García Márquez, por la época en que este escribió *Cien años de soledad*. El resultado fue un artículo, *El verbo ha encarnado*, que también publiqué en *Confabulario*.*

Poco después de la muerte de García Márquez tuve noticia de la venta de sus manuscritos y documentos personales al Harry Ransom Center de la Universidad de Texas, pero contuve la curiosidad. Por las redes me enteré de que muchos colegas habían viajado a visitar el archivo y me parecía que después de eso quedaría muy poco de valor por descubrir. Desde el principio se habló de su novela inédita, pero los reportes eran desalentadores y en algún momento se aseguró que estaba inconclusa y que jamás sería publicada. Volví a pensar en el asunto a principios del 2022, cuando estaba terminando mi libro en inglés sobre García Márquez, *Caribbean Troubadour*. Entonces pensé que quizá podría agregar un capítulo sobre el archivo y decidí viajar a Texas.

He pasado las últimas semanas contando una y otra vez que al llegar al Harry Ransom Center lo primero que hice fue pedir *En agosto nos vemos*, y que lo primero que me sorprendió fue comprobar que se trataba de una novela terminada (en el sentido de que

ya su autor había expresado lo que quería decir) y solo faltaba pulirle detalles menores.

Ese mismo día escribí el primer borrador de una defensa de la novela que se publicaría también en *Confabulario*, el 16 de julio de 2022. Allí desarrollé, de la manera más elocuente y persuasiva posible, mis argumentos para que *En agosto nos vemos* se publicara. No es que la novela estuviera perdida o que yo la hubiera descubierto, otras personas la habían leído en el archivo, pero quizá hacían falta unos ojos predestinados para reconocer los valores y la condición tan avanzada en que se hallaba. El artículo llegó a manos de los hijos de García Márquez y los motivó a releer y reconsiderar la decisión inicial de mantener inédita la novela. Así empezó a asomarse a la luz, desde la soledad y las sombras de un archivo, el último y más deslumbrante hallazgo de esta ya larga carrera de arqueólogo literario.

---

\* Profesor de literatura latinoamericana de la Universidad Estatal de Nueva York, SUNY, en Oneonta.